

EL ESPÍRITU SANTO: PROTAGONISTA DEL SÍNODO



Hacia el
3º SÍNODO
de San Juan

Transitando la primera etapa, “Escucha y Preparación”, del 3º Sínodo de San Juan, estamos celebrando con gran alegría estas Asambleas.

Al inicio de este encuentro nos preguntemos de manera personal:

- ¿Crees en el Espíritu Santo?
- ¿Crees que el Espíritu Santo se derramó en la Iglesia y en el mundo el día de Pentecostés?
- ¿Crees que el Espíritu Santo habla?
- ¿Crees que Él habla hoy en tu corazón? A veces nos cuesta creer eso...
- ¿Crees que el Espíritu Santo habla también en el corazón de las otras personas que están formando parte de esta Asamblea?

Desde el momento del bautismo, el Espíritu Santo habla en el corazón de cada uno de nosotros que somos miembros del Pueblo de Dios, miembros de la familia de los hijos de Dios.

Sin el Espíritu Santo no hay Iglesia...

Sin el Espíritu Santo no hay Sínodo...

El protagonista principal del Sínodo es el Espíritu Santo.

San Pablo a los primeros cristianos les decía hablando de esta fe en el Espíritu: “Déjense conducir por el Espíritu Santo” (Gál. 5, 16). A los cristianos que vivían en Galacia les decía: “Ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren, porque no se dejan conducir por el Espíritu Santo”. (Cf. Gál. 5, 17) Es Él, el que guía a la Iglesia. Es Él, el que nos impulsa y acompaña. Dejémosnos conducir por el Espíritu, escuchemos su voz. **Dejemos que Él sea el protagonista.**

San Pablo también nos enseña: “El Espíritu Santo se manifiesta en cada uno pero para el bien de toda la comunidad, para el bien común” (Cf. 1º Cor. 12, 7). Hagamos que esta experiencia de Asamblea sea una experiencia donde nos dejemos conducir por el Espíritu Santo.

Todos somos necesarios para que este camino sinodal nos lleve de verdad a la conversión de la mente, del corazón, y a poder crecer en generosidad misionera.



EL SÍNODO: TIEMPO DE ESCUCHA



Hacia el
3º SÍNODO
de San Juan

Este camino del 3º Sínodo de San Juan, es importante que lo hagamos disponiéndonos a una escucha valiente y confiada, que nos ayude a crecer como Iglesia. **Sin escucha no hay fraternidad, sin escucha no hay Iglesia.**

El evangelio de Marcos nos presenta el pasaje donde Jesús tocó los oídos de aquel sordo y le dijo: Effetá, que significa ábrete (Mc. 7, 34). Hoy, en esta Asamblea, abramos el corazón a la voz de Dios, que resuena en tantas cajas de resonancia, que son parte de nuestra Iglesia y de nuestro mundo.

Reflexionemos sobre cuatro formas y dimensiones de la escucha:

- Aprender a **ESCUCHARLO** a Él. Tenemos que amar la palabra de Dios, sentir que este Dios vivo resucitado hoy está hablando en mi vida.
- Aprender a **ESCUCHARME** en lo que me pasa, en lo que siento, en mis alegrías, en mis esperanzas, también en mis dolores y en mis cansancios.
- Aprender a **ESCUCHARNOS**. Escuchar al otro en su diversidad, en su proceso en el tiempo que va viviendo. Valorar al otro como terreno sagrado, como un hermano que tiene algo que decirme, porque es don de Dios para mi vida.
- También aprender a escuchar a la creación, nuestra casa común, y a la historia, ambas son madre y maestra de la vida.

Esta cultura de la escucha, este arte de escuchar, implica un aprendizaje:

- Aprender a detenernos, porque en la vorágine de la cotidianidad hay demasiado ruido y perdemos el contenido de lo que el otro o los otros tienen para decirnos.
- Aprender a ir al encuentro del otro sin juicio ni prejuicios, sin quererlo manipular, respetando siempre al otro.
- Aprender a recibir al otro desde la humildad, recibir su opinión, su reclamo, su propuesta.

Hoy es tiempo de detenernos y juntos escuchar la voz del Espíritu que está hablando a la Iglesia de San Juan. ¡Buen tiempo de escucha!



DESAFÍOS PASTORALES



Hacia el
3º SÍNODO
de San Juan

El Papa Francisco nos invita a soñar con una opción misionera capaz de transformarlo todo. Este sueño es una motivación que busca realizaciones concretas, como concretas son las personas a las que dirigimos nuestro servicio de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Por eso, como Iglesia sanjuanina, tomamos el riesgo de abrirnos al gran desafío de repensarnos, no solo hacia adentro, sino también a la realidad de la que formamos parte: ¿A quiénes somos enviados? ¿A qué ambientes? ¿Cómo debe ser este diálogo misionero? ¿Cuáles deben ser nuestros modos de estar presente? La sinodalidad no sólo nos invita a revisar actitudes, sino que nos conduce a la raíz: la identidad del creyente, y por lo tanto también las relaciones y las estructuras desde las cuales aborda su vida de fe.

No somos indiferentes a las experiencias globales. La pandemia ha dejado en descubierto, como señaló también el Papa, muchos rostros de miserias humanas, que estaban ocultos o disimulados. Nuestras comunidades no son una excepción: al dolor de las pérdidas se le suman graves problemas de pobreza, especialmente entre niños y jóvenes; falta de trabajo y de atención primaria de la salud; procesos educativos incompletos o poco eficientes; trabajo infantil; indigencia y personas viviendo en situación de calle; aumento de los delitos y violencia; el flagelo de las drogas y las barriadas populares sin dinamismo social ascendente; los altos índices de suicidios entre los jóvenes denota una grave ausencia en materia de cuidado y promoción de la salud mental. Nos desafían también los cambios culturales: nuevas corrientes ideológicas, el avance de la tecnología y la inteligencia artificial, las búsquedas de sentido en otras expresiones espirituales, los escándalos en la política y la corrupción democrática que producen desafecto por las opciones comunitarias o la participación ciudadana, entre tantas otras.

En el ámbito de algunas de nuestras comunidades de fe también notamos una baja en la participación y compromiso de la pastoral ordinaria; una transformación de las vivencias comunitarias de la fe; disminución de la participación en la celebración de los sacramentos; ausencia de procesos de acompañamiento de los iniciados en la vida de la fe; distanciamiento de los jóvenes; la disminución de vocaciones a la vida matrimonial y consagrada, entre tantos elementos más.

Todavía podemos sumar a esta lista el desgaste o cansancio de algunos agentes pastorales; la superposición de actividades, la repetición de fórmulas, planes o esquemas pastorales, sin mucho discernimiento o creatividad, que antes funcionaron, pero que ahora generan poco resultado.

Sabemos en quién hemos puesto la confianza, como nos enseña San Pablo (Cf. 2º Tim. 1, 12), por eso la mirada de los discípulos misioneros está llena de esperanza, y motiva la urgencia de irradiar la vida que recibimos del Señor. Cada comunidad puede hacer pie en su realidad, y con la certeza de la fe, ayudarnos a trazar nuevos rumbos.